

GABRIELA MARGALL

GABRIELLE & LA BESTIA



emecé

Gabriela Margall

Gabrielle y la Bestia

emecé

Castillo de La Roche, junio de 1735,
ocho días antes de la fiesta de San Juan

Gabrielle no podía dormir. Escuchaba el silencio del castillo y se sentía extraña porque no podía reconocerlo. En París, incluso si eran las horas más oscuras de la noche, siempre se escuchaba un carruaje que pasaba, un conjunto de voces borrachas o alguien que buscaba ocultar sus pasos. En la ciudad, el silencio no existía. Con los visitantes en el castillo, los ruidos eran otros, incluso si ella estaba en el lado opuesto de sus habitaciones. Cuando el castillo de La Roche no tenía extraños, el silencio de la madrugada era invadido por los ruidos del bosque.

Tras el desafío de la marquesa, Gabrielle no había podido tranquilizarse, como si su cuerpo hubiese percibido que algún peligro la acechaba. Apenas había escuchado conversaciones después de las palabras de Diane. Había falsificado una sonrisa que solo descubrió frente al espejo cuando su criada le preparaba el cabello para dormir.

Gabrielle abandonó la cama y fue hasta la ventana. Una media luna iluminaba el bosque. El malestar no se alejaba de su espíritu. Sentía una preocupación espantosa, un miedo inexplicable a ser lastimada por alguna bestia con garras afiladas y ojos brillantes.

Era una tontería, en el castillo de La Roche no corría peligro.

El único riesgo que acechaba a Gabrielle era su propia memoria, una bestia imposible de capturar.

Castillo de La Roche, al sur de la ciudad de Poitiers,
mediados de mayo de 1735

—Gabrielle, comienza la historia.

Ella no obedeció. Permaneció en silencio, con la mirada serena posada sobre la mujer que había dado la orden. En el castillo de La Roche reinaba Diane, la marquesa de Doriancourt. La marquesa ya había pasado la edad en la que los poetas cantaban a su belleza y el resto de los hombres trataba de ganar sus favores amorosos. Pero eso no la había alejado de su interés por los romances. Para colmar su gusto por las historias de amor y aventuras, la marquesa tenía una contadora de historias.

Gabrielle se estiró la falda de su vestido sobre el sillón que ocupaba esa noche junto a Vivienne, una joven protegida por la marquesa. La muchacha había visto el movimiento de sus manos y la ayudó a estirar la tela. Ambas lograron que la falda hiciera un efecto agradable bajo la luz de las velas, como si estuviese hecha de agua.

El efecto no duró mucho. Vivienne movió una de sus manos y el delicado brazalete de plata que adornaba su muñeca se enganchó en uno de los volados del vestido de Gabrielle. Trataron de soltarlo con delicadeza, pero fue inútil: un eslabón de plata había quedado prendido y no había manera de soltarlo. Ninguna de las dos pudo evitar

la risa. Gabrielle se inclinó para resolver la situación y en ese momento se soltó uno de los alfileres que sostenían el peto triangular que cerraba su vestido de seda azul. Vivienne, con rapidez juvenil, capturó el alfiler en el aire. Los presentes aplaudieron sorprendidos, incluso la marquesa. La joven agradeció con la cabeza y un gesto delicado de la mano, mientras ayudaba a Gabrielle a colocar el alfiler de vuelta en su lugar.

—Si comenzaras con la historia, Gabrielle, nada de esto hubiera pasado —dijo la marquesa con aire majestuoso, como quien sabe que sus decisiones siempre son las correctas.

—Por supuesto, estimada marquesa, las cosas ya están en su lugar. Pero usted comprenderá mejor que nadie que jamás podría contar una historia si los alfileres estuvieran esparcidos por el suelo —explicó Gabrielle con un brillo de malicia en los ojos.

—Quizá debamos ofrecerle a la señora de Villeneuve un poco más de vino —sugirió Gaspar Madinier con la mano alzada—. ¿O abrir la ventana? Quizá Gabrielle necesite aire.

Gabrielle le dirigió a Gaspar una mirada significativa. Los dos eran artistas y se ganaban la vida entreteniendo a la marquesa. El señor Gaspar Madinier, antiguo escenógrafo de la Comedia Francesa y músico por herencia paterna, no solo conocía los gustos de la marquesa, sino que se adelantaba a ellos. ¿La marquesa quería música? Gaspar ya había contratado a una pequeña orquesta con un clavecín, dos violines y una flauta travesera. ¿La marquesa quería ver una obra de teatro? Gaspar ya tenía planificada una para las noches de luna llena. ¿La marquesa quería dar un baile? La lista de invitados ya estaba lista, la suite musical elegida,

la comida ya estaba sobre los fuegos de la cocina y las velas perfumadas habían sido pedidas a un fabricante exclusivo de la ciudad de Poitiers. En ese momento, nada de lo que se veía por la ventana podía contentar a Diane.

—Afuera no hay aire, Gaspar —dijo la marquesa con irritación evidente—. Afuera solo hay tormenta y nadie cuenta ninguna historia. ¡Cuenta una historia, Gabrielle! ¡Te lo ordeno!

Ella concluyó que ya había hecho esperar a su señora y detuvo a Gaspar con una mano alzada:

—Nada de vino para mí, gracias Gaspar —decretó—. Mi querida Diane, tengo un problema.

La marquesa la miró seria.

—¿Cuál sería ese problema, Gabrielle?

—Mi problema, mi queridísima señora, es que no sé qué historia debo contar.

Todos miraron a la marquesa con atención. Diane de Doriancourt amaba que le contaran historias. Muchos de sus parientes en París consideraban una extravagancia que la marquesa se quedara sola en ese lugar aciago que era el castillo de La Roche. Sin embargo, aprobaban sin problema alguno que gastara su dinero en una narradora de cuentos a su servicio. El entretenimiento era un lujo que pocos podían darse. La presencia en el castillo de alguien como la vizcondesa Gabrielle de Villeneuve o Gaspar Madinier era uno de esos detalles que distinguía a la marquesa del resto de las personas.

La marquesa ya no visitaba París, a pesar de que muchos de sus parientes requerían su presencia en la capital. Algunos habían llegado a exigirle que se exhibiera en la corte de Versalles: el título de marquesa de Doriancourt era

demasiado antiguo como para que estuviera alejado de Luis XV. Cuando la marquesa quedó viuda, veinte años atrás, sus parientes habían comprendido su rechazo del mundo. Pero a todos les resultaba difícil aceptar que una mujer tan magnífica como Diane se limitara a vivir su vida entre los campesinos de la aldea de Magné y el bosque oscuro que rodeaba el castillo. El primer marido de la marquesa había muerto tiempo atrás y la dama nunca había vuelto a casarse. El matrimonio solo había tenido un hijo, Phillipe. El muchacho ya se había casado y residía en el castillo paterno junto con su joven esposa, Hortense. La pareja esperaba su primer hijo para el comienzo del verano.

Gabrielle tenía la misma edad que la marquesa. Había conocido a su señora en un momento en el que compartían las mismas circunstancias: ambas eran viudas, muy jóvenes y necesitaban escapar de la sociedad. Poca gente consideraba a Gabrielle grata compañía. Tenía una mirada atenta que podía volverse maliciosa con un pestañeo. Nadie habría podido afirmar que Gabrielle era tan bella o distinguida como Diane. Hacía falta mucha sangre noble para superar la belleza de Diane. Gabrielle pertenecía a una familia de comerciantes de La Rochelle, antigua pero sin sangre ilustre. No era extraño que las dos jóvenes viudas pudieran hacerse compañía mientras hacían el duelo por sus maridos. Cuando Gabrielle se convirtió en dama de compañía de la marquesa, todos concluyeron que era el lugar natural que la vizcondesa debía ocupar. Dos décadas después, había dejado atrás su lugar de compañera de la marquesa. Era su amiga y contaba cuentos para ella, era un lujo que las dos disfrutaban.

—La historia de la reina que fue a la guerra —respondió la marquesa con tono seguro y expresión digna.

Gabrielle miró a la marquesa con tranquilidad.

—Pensé que hablaríamos de la jerarquía de las hadas —le dijo sorprendida—. ¿No dijo eso la marquesa, Gaspar?

La pequeña Vivienne escondió la cara en el borde del sillón y Gabrielle tuvo que hacer un esfuerzo enorme para mantenerse seria. Por el movimiento de su cuerpo estaba claro que la joven reía sin parar. Gaspar miraba el techo como si fuese un objeto de evaluación atenta. La marquesa los miró a todos con ojos contrariados:

—Vivienne, ¿te sientes mal?

La joven intentó asomar la cabeza entre sus manos para hablarle, pero su expresión hizo reír con deleite a Gabrielle. Las dos se doblaron por la risa y tuvieron que ocultar la cara en los almohadones de seda bordados con hilos de oro y plata. Para mayor desgracia, el brazalete de Vivienne volvió a engancharse, esta vez en el almohadón. Gabrielle, sin dejar de reír, la ayudó a soltarlo. Vivienne se quitó el brazalete y lo guardó en el bolsillo, mientras la marquesa las miraba enojada por las risas que no podían detener. Detrás de la marquesa, Marie, su criada personal, tampoco podía ocultar la risa.

Gaspar era el único que lograba mantenerse serio, gracias a sus años en el mundo del teatro y su evaluación exhaustiva del techo. Estaba sentado en una butaca cerca de Vivienne. Había comenzado a trabajar para la marquesa como maestro de música de la joven, recomendado por unos amigos de esta que vivían en Poitiers. A los pocos meses, la labor de Gaspar se había vuelto imprescindible para completar la tarea de Gabrielle de entretener a la marquesa. Hacía diez años que se habían convertido en un dúo capaz de satisfacer los gustos más caprichosos, incluso los de Diane de Doriancourt.

Gabrielle vio cómo Gaspar disfrazaba su expresión de manera profesional haciéndola quedar a ella como una simple campesina que no podía dejar de reír ante un cuento tonto de un posadero. La marquesa los miraba enojada. Los deliciosos vinos que atesoraba en la bodega del castillo la ponían de un humor exigente y caprichoso.

—¿Gaspar?

—¿Mi señora marquesa?

—¿Contarías una historia?

Gaspar cerró los ojos con un gesto dramático.

—Jamás podría, mi señora, cuando Gabrielle de Ville-neuve está entre nosotros. Y, si debo ser sincero, no tengo idea de qué cuento es ese del que hablan.

Todos, incluso la marquesa, dejaron caer la cabeza y rieron ante la honestidad de Gaspar. Gabrielle tuvo que secarse las lágrimas con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo. La marquesa movió la cabeza desilusionada y alzó un dedo para hablarle:

—Me extraña, Gabrielle —expresó ofendida—. Es la historia de la reina que va a la guerra y luego quedan todos los campesinos convertidos en estatuas. Esa historia es la que más me gusta. Cuando cuentas esa historia tienes que contar la jerarquía de las hadas. Que también es la que...

La marquesa no pudo seguir. Ella misma se había perdido en el argumento. Gabrielle la observaba mientras se cubría la boca con las manos.

—... tiene toda esa historia —concluyó la marquesa con expresión digna, como si lo que había dicho tuviera algún sentido.

—Es la historia del Hada Maligna —susurró Marie por detrás de la marquesa.

—¡Esa historia! —dijo la marquesa con satisfacción.

Gabrielle le sonrió a Marie para darle a entender que sabía bien cuál era la historia, solo jugaba un poco con el público presente.

—Pero esa es la historia que la señora de Villeneuve iba a empezar —murmuró Vivienne confundida—. ¿Por qué nos detuvimos?

—¿Por qué nos detuvimos, Marie? —preguntó la marquesa.

—Porque llamaron al señor Gouberville —explicó Marie, que siempre tenía una respuesta para su señora. La joven criada tenía permitido estar presente en esas reuniones íntimas. Le gustaba mucho escuchar los cuentos de Gabrielle.

—Oh —dijo la marquesa—. Había olvidado que era por eso.

—Entonces no podemos comenzar —concluyó Gaspar desilusionado.

—Y por eso nos detuvimos —razonó Vivienne.

—Y por eso no tomo de los vinos deliciosos de la marquesa cuando cuento historias —concluyó Gabrielle y miró a Gaspar con intención.

Por fin había logrado hacerse entender: trataba de hacer tiempo para el regreso de Étienne Gouberville. Su ausencia hacía imposible que Gabrielle contara una historia. En el momento que ella comenzara, la marquesa se daría cuenta de que faltaba él y todo volvería a detenerse.

La mirada de Gabrielle fue tan expresiva que esta vez Gaspar no pudo contener la risa. Gabrielle y Vivienne tuvieron que esconderse otra vez entre los almohadones. Marie desvió la atención hacia las bandejas de plata que rebalsaban de nueces y almendras azucaradas, como si intentara

adivinar cuántos granos de azúcar cubría cada uno de los frutos. La marquesa bebió licor de su copa de cristal verde que destellaba a la luz de las velas.

—Es cierto, debemos esperar a Étienne —murmuró con la mirada perdida—. No tiene sentido comenzar sin él. Toca algo, Vivienne. Y que Gaspar cante. Vamos. Hagan algo. Lo que sea.

Gaspar y Vivienne se levantaron con cuidado, el licor circulaba con generosidad entre los presentes esa noche de lluvia. Vivienne se sentó con un equilibrio vacilante frente al clavecín, su instrumento favorito. Gaspar se colocó detrás de ella después de acomodar las partituras de una suite para flauta travesera y clavecín. El comienzo de la ejecución fue un poco agitado, pero los dos eran buenos músicos y un poco de licor no iba a hacerles olvidar todas las horas de práctica.

Gabrielle agradeció la pausa que le dio la música. Miraba la puerta con cierta preocupación. El administrador del castillo, Étienne Gouberville, había sido llamado por uno de sus ayudantes y no regresaba. Estaban en primavera y no hacía frío. Sin embargo, el cielo estaba cubierto por nubes grises y llovía con violencia. A la marquesa no le gustaban las lluvias en primavera. Para ella, los días estivales eran luminosos y las noches dulces y estrelladas. «Cada cosa en su lugar», solía decir, y esa expresión regía su vida y la de quienes vivían a su alrededor. La música de Vivienne y Gaspar logró tranquilizarla un poco, pero no fue suficiente. El temperamento caprichoso de la marquesa apenas había sido contenido.

—¿Por qué tardará tanto Étienne? —dijo de pronto la marquesa como si pensara en voz alta.

Gabrielle no tuvo oportunidad de responder. En cuanto la marquesa terminó de pronunciar la pregunta, apareció Étienne por la puerta que conducía al piso superior del castillo, que ocupaban los criados. Con un gesto familiar y caprichoso, la marquesa extendió el brazo sin mirarlo. Él le tomó la mano y se la besó.

—Llamaron desde la puerta principal del castillo —explicó a todos—. Ha llegado un viajero.

Gabrielle prestó atención.

—Las buenas historias comienzan con la llegada de un viajero —aseguró.

Étienne la miró con intensidad.

—¿Un viajero? —preguntó la marquesa sorprendida—. ¿Con esta tormenta? Es imposible, no esperamos a nadie.

—Eso pensé cuando me dieron la noticia —dijo Étienne con calma, como si eligiera con cuidado las palabras—. El hombre que está en la cabaña que vigila la puerta asegura que el hombre parece de buena cuna, un caballero. Aunque no descarta que sea un ladrón. Debo ir a verlo y saber qué quiere. Supongo que es un viajero perdido que busca refugio en el castillo. Aunque no es fácil perderse en el camino del castillo de La Roche.

—¿Irás a verlo? —preguntó la marquesa. —¡No puedes ir, Étienne! Llueve y está todo oscuro. Deja que vaya tu ayudante o algún criado. Que lo hagan dormir en el establo. Y que alguien lo vigile. Cualquiera puede disfrazarse de caballero en estos días.

—Debo ir —insistió Étienne con una vehemencia que hizo alzar las cejas a Gabrielle—. Llevaré al mozo de la entrada y a otro criado. No creo que haya problema.

—Envía a tu ayudante, no vayas tú, por favor —pidió la marquesa con preocupación en la voz—. Estábamos por comenzar una historia.

—¿Y si es un enviado del rey? —trató de razonar Gouberville—. ¿O un hada disfrazada de vieja mendiga como ocurre en los cuentos de Gabrielle? No voy a arriesgar nuestro destino por una tormenta. La maldición de un hada maligna podría caer sobre nosotros.

Todos gritaron de inmediato ante el tono burlón del señor Gouberville. La sorpresa del hombre hizo reír a Gabrielle. Se había perdido la mejor parte de la charla sin sentido que habían tenido con la marquesa. «La historia del Hada Maligna» era el otro nombre que usaban para llamar a la historia de «la reina que fue a la guerra», la favorita de la marquesa. Diane de Doriancourt siempre pedía que le contara la misma, pero como se consideraba alguien con gustos variados y exigentes, no podía reconocerlo. Gabrielle había aprendido eso y jugaba con ella a olvidar de qué historia se trataba, cuando siempre se trataba de la misma, una y otra vez.

—Bueno —dijo la marquesa con resignación—. Está visto que quieres ir a verlo y no hay nada que pueda decir para evitarlo. Lleva el carruaje pequeño. No te mojes, por favor.

—No —dijo Étienne con firmeza—. Ya ordené que prepararan tres caballos. Será más rápido así.

Gabrielle cerró los ojos justo antes de la respuesta de la marquesa.

—¡Tomarás humedad y luego te enfermarás! —dijo Diane con preocupación.

Étienne se inclinó hacia ella como si fuera a besarle la frente, pero solo le sonrió y volvió a besarle la mano.

—No te preocupes —respondió con voz cálida—. Llevaré una capa de lana y será un viaje hasta la puerta. Quizá ni siquiera deba bajar del caballo.

La marquesa movió la cabeza, contrariada, como si estuviera a punto de llorar a causa de la desobediencia a sus órdenes.

—Continúen con la historia —dijo Étienne—. No es que no la haya escuchado antes.

Gaspar y la pequeña Vivienne protestaron en defensa de la marquesa y su gusto por las historias originales y, al mismo tiempo, antiguas. Gabrielle vio cómo Diane asentía y agradecía el gesto con una sonrisa. No se le escapó que la preocupación no había abandonado los ojos azules de la marquesa.

—La historia del Hada Maligna es la más bella —dijo la pequeña Vivienne—. Y me gusta escucharla porque la señora de Villeneuve siempre la cuenta de un modo diferente.

—El mundo de las hadas es perfecto —dijo la marquesa con aire soñador—. Nada como escuchar esos cuentos.

—Gabrielle sabe lo que hace cuando nos cuenta sus historias —aseguró Étienne con una sonrisa amable hacia ella, quien ya se había sentado en el borde del sillón, lista para complacer a su señora una vez que él saliera de la habitación.

—¿Llevarán armas? —preguntó la marquesa antes de que Étienne se fuera. Étienne le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Iremos protegidos.

La marquesa aceptó sin decir nada más y Gouberville dejó el salón. Todos se volvieron hacia Gabrielle, quien después de una inclinación de cabeza como forma de agradecer el silencio, comenzó:

—A pedido de Diane, marquesa de Doriancourt, contaré la historia del Hada Maligna y de la importancia de mantener la jerarquía de hadas.

Gabrielle hizo una pausa. El público debía desprenderse de las últimas distracciones del imperfecto mundo de los humanos para ingresar al reino mágico de las hadas. Cuando comprobó que el aire de la habitación era el apropiado, comenzó su relato.